

estas sentia mucho un casamiento, que se trataba en su parentela. Con esto como en todas sus apuraciones acudian con su Maestra; esta se veia obligada à dar oidos à su Novicia asì gida, para darle consuelo, y alivio en su pena; siendo en la realidad mucha mayor la que padecia la Sierva de Dios, en oír, y tratar en aquel assumpto. Pero el divino Esposo amante finissimo de las almas puras, compadecido del tormento de su fiel Esposa, la confortò con un favor especialissimo, y fue, que su Magestad se le puso delante, dexandose ver en figura, y trage muy hermoso, como sirviendole de escudo, para que no recibiera molestia de lo que le era preciso tratar, estando muy atenta, y entretenida con su vista. O, y quan cierto es, que la parentela solo sirve de ocasionar inquietudes à las almas mas retiradas; y que solo Dios es el que siempre se muestra mas interessado en el consuelo, y alivio de los que con todas veras tratan de servirle! No le fuera tan grato à Dios el sumptuoso edificio, que con las virtudes fabricò en su alma la Madre Maria Anna, si este no estuviera con la mayor limpieza, y aseò. Con este procurado por las officiosas purissimas Manos de MARIA Santissima su Madre, el Portal de Belen, aun siendo un establo, fue habitado de la Eterna Sabiduria Encarnada, quando vino à este Mundo. Y sin esta limpieza, y pureza los mas sumptuosos Palacios le son mas alquerosos, que los muladares mas inmundos.

## CAPITULO VII.

De los Votos de pobreza, y Clausura.

**E**L voto de pobreza es la mas verdadera dote de las fieles Esposas de JESVS. Siguen estas à su Ama-

Amado Esposo, y como este estuvo desnuado; assi desnudas, y desapropriadadas de todas las cosas terrenas deben vivir en el Mundo. Assi vivió siempre la Venerable Madre Maria Anna: para que naciera dispuso Dios perdieran sus Padres todos los haberes terrenos. Saliò à luz en el campo, en una casa pagiza, y total desaniparo. Se criò, y vivió en el siglo en necesidad, y pobreza. Guardò esta en la Religion en todo, en la celda, en la cama, comida, y vestido; no tenia ni los trastesitos permitidos à cada una para el uso en las cosas necessarias. Siempre vivia en la firme persuasion, y lo solia decir muchas vezes, que las cosas, de que usaba se las prestaban. Nunca se le reconociò apego à cosa ninguna, ni se inclinaba, ni miraba traste, ni ropa con la reflexa de conocer si era suya; porque todo lo miraba, y tomaba como ageno, y prestado. Siempre recibia lo que le daban; y si se repartia alguna cosa entre la Comunidad, y alguna se aficionaba de lo que le tocaba prontamente se lo cedia, y le expressaba, que tendria mayor gusto, y consuelo en que lo recibiesse, y se aprovechassè de ello. Quando Prelada si necesitaba de algun paño, ò vasija, para embiar alguna cosa fuera, lo pedia à alguna de las Oficinas comunes, para que se lo prestassen. Quanto le venia todo lo empleaba en la Comunidad; porque decia, que todo era para sus hijas. Los paños, ò velos, que se ponía mas por obedecer, que por alivio, quando estaba enferma; qualquiera Religiosa que entraba los cogia, y usaba libremente: con esto sucedia muchas vezes ser necessario, que alguna Monja le tragara, lo que era de su uso, para que se pudiera abrigar: y le daba especial gusto no hallar cosa, que se llamassè suya, sino que era menester valerse de lo de las otras; y à estas les decia mansamente, què dices hija, me lo prestas? Qualquiera cosa, que las Religiosas conociessen, que era de



de la Madre Priora, tenían libertad de pedirselo, ò de cogerlo; porque à todas igualmente les avia dado facultad, de hacerlo, y repetia: hija si es mio, y lo has menester, ò lo quieres, tomalo, tomalo hija mia, que mas gusto tendré yo de que tú lo tengas. Con esto muchas solian tomar à la Madre quanto tenia de su uso, como tixerias, tintèro, plumas, papel, y demàs cosillas. Quando lo buscaba, por averlo menester, no lo tenia; sabiendolo otras Monjas le traian, y daban lo que tenian, y le rogaban: Madre por amor de Dios tenga su Reverencia un poquito de entereza, que esto no es accion de buena crianza, y aun parece ser falta de respeto, y algun atrevimiento. Al punto respondia: no, no hijas, no es nada de esso, ni falta de charidad; si todo lo q yo uso es de mis hijas, de mis Madres, y Señoras, las Esposas de mi Amado: yo nada tengo, todo es suyo; aunque no puedo negar, que muchas vezes me hacen mala obra, pero què hemos de hacer, algo hemos de passar por el Amado.

Sucedio alguna vez, que le cercenaron algunos papeles, que importaban; porque no reparaban, y lo hacian sin advertencia. No por esto se impacientaba, sino que alababa à Dios, y quando mas à una, ò otra con apacibilidad les decia: mira hija, no sabes lo que haces, no rompas, ni tires, sino pidemelo, que todo es de ustedes. A esto le correspondian: Madre, como son cosas de su Reverencia, por esso las tomè sin escrupulo: su Reverencia no se enoja, ni nada quiere; à otra Madre no le llevo, tenga lo que tuviere. Prueba grande es esta del amor, confianza, y total satisfaccion que tenian de la Venerable Madre. Tambien es clara demostracion del espiritu de verdadera, heroyca pobreza, que en ella reconocian, y lo muy desprendida, que estaba de todas las cosas de la tierra. No se dió caso, que escogiera cosa alguna para su per-

persona, contentandose siempre con lo que le daban, sin echar menos nada, ni quejarse, de que no estaba, ò no era, de su gusto. Si las Oficialas, à cuyo cargo estaba, le daban alguna cosa, ò se la ponian en la comida, ò en el vestido, y le parecia ser especial, ò no tan necesaria; mostraba en el rostro suma afliccion, y disgusto. Rogandoles mucho, que no hicieran aquello, porque de ninguna manera lo avia menester. En cierta ocasion siendo Prelada puso en secreto obediencia à unas Oficialas; para que la dexaran observar la santa pobreza, esta estrechez, y rigor guardaba consigo, la que era liberalissima para la Comunidad, siempre atenta, y cuidadosa del chocolate, de la comida, del vestido; para que nada les faltasse. Proveia de un todo las Oficinas, sin permitir que careciesen de todo lo necesario, para esto las visitaba, y reconocia; pero si en estas visitas echaba de ver en la cocina, ò en alguna otra de las Oficinas, que alguna cosa estaba de mas, ò tirada; luego con amabilidad, y entereza advertia à las que las cuidaban, de aquella falta, y desperdicio, aunque fuera cosa muy ligera: porque les decia, somos unas pobres, y assi entodo se hà de manifestar la santa pobreza; y las Religiosas debemos procurar, que se guarde sin desperdiciar nada, ni un carboncito. Quando Superiora se veia obligada à guardar, y reservar algunas cositas para regociar à los Bienhechores. Decianle, que milagro? Su Reverencia guarda? Y apaciblemente les respondia: que hè de hacer, estos cuidados del Oficio, para lo que se va ofreciendo. Le proseguian diciendo: bueno es tener esta noticia Madre, en ofreciendose me vengo? Si, vengan muy en hora buena, que de ustedes es, y no mio. Como no avian de amar à una Madre tan amante? Como no avia de conseguir quanto quisiera de sus hijas? Esta sinceridad, y llaneza; esta amabilidad, y dulzura; este



desapego de todo, y liberalidad con todas, hacen que el gobierno sea el mas acertado; el mas feliz. Hace que toda una Comunidad se empeñe en la Regular observancia, y que vivan como Angeles en la tierra. En su enfermedad era necesario ocultarle el costo de los medicamentos, que se le hacian; porque todo le parecia de masiado regalo, y que no decia bien con la santa pobreza. Era necesario valerse del Confessor; para que se lo mandasse; y de que algunas personas se lo embiaran; para que lo recibiesse de limosna, como sucedió con las pechugas, que se le aplicaban à los pulsos; porque la confortaban. Con todo cada vez, que se le ponian, era menester divertirla; por la pena, que se le conocia, que le causaba. Por contingencia regalaron unas pocas de almendras à unas Religiosas: estas al punto fueron à darlas à la Madre. Se las agradeció mucho, como agradecia siempre quanto con ella hacian; pero les rogó, que se las tomáran; y tuvieran; porque à su Reverencia no le hacian provecho alguno. Esta era la común escusa, que daba; para todo lo que pudiesse ser de algun gasto, ò que pensasse era para regalo suyo. Las Religiosas le instaron à que las recibiera. Las tomó, y se las entregó à la Enfermera; para que las guardasse. Volviendo despues esta, quando estaba sola, le dijo, que le hiciera una orchata hervida; porque alguna vez, que se la avian dado, avia sentido alivio. Les cogió de nuevo semejante cosa; porque siempre ocultaba quanto podia todo aquello, que pudiera ser de algun gasto, aunque se privára de tener alivio, valiendose de la verdadera causa que daba, de que no le hacia provecho, esto es para mortificarse, ni para guardar mas heroycamente el voto de pobreza. Solo la contingencia, ò casualidad, hacian, que se descubriesen estos apices de perfeccion, y estos grados de heroycidad. Su Magestad, que los apreciaba

mu-

mucho, nos daba la ocasion de que se supiesse; para aliento, y enseñanza de otros muchos.

Exercitó tambien esta pobreza en el torno entre las mismas liberalidades, con que siempre socorria à los pobres, que llegaban, sin despedirlos desconsolados. Solia venir algun pariente suyo necesitado; y aqui se comprimia, y no hallaba què darle. La Tornera, y alguna otra Religiosa, que estaban presentes, le solian decir; pues Madre no se le puede dar esta, ò quella cosa? Toda encogida respondia, y si hace falta à la Comunidad? Si esto no es mio, como lo hè de dar? Le instaban, que bien podia, que no haria falta. Entonces aun siendo Prelada, les pedia licencia à las Religiosas, y solo de esta suerte los socorria. O valgame Dios, què alma tan lince! Què conciencia tan delicada! Què corazon tan puro! Y què intencion tan recta! Què bien alambicaba sus afectos, para que saliesse todos limpios, defecados, y sin la menor hez, ni mezcla de carne, y sangre? Sin resabios algunos de la tierra? Desembarazado de esta suerte el edificio de su alma, estaba muy capaz para los dones del Cielo. No se descuidò en cerrarlo, y resguardarlo con el voto de clausura, que guardò perfectissimamente. Veràse esto en lo mismo, que decia à sus hijas. Las Esposas hemos de guardar el voto de clausura dentro del mismo Dios? Allí en aquellos espacios nos hemos explayar. Profeguia diciendo mil bienes de este voto, y por ultimo concluia, que aunque es facil de guardar; pero no admite parvedades. Quien tenia este conocimiento, y vivia tan metida con su Dios, y Esposo, què bien ocupada, y entrecenida estaria, y quan lexos de acordarse, ni de que avia siglo. Es en la realidad la mayor de las dichas de las Religiosas, estar tan fuera del Mundo, de sus fraudes, peligros, bullicios, y demàs cosas, que todas se conjuran à entretener

Tom. I.

AA

los



los sentidos, turbar el alma, fomentar apetitos, oscurecer el entendimiento, estragar la voluntad, y ofuscar la memoria con los relumbrones de la tierra: con todo esto cuesta mucho trabajo, aun el tener un solo pensamiento bueno, y provechoso; por consiguiente quanto es el peligro para conseguir en el siglo la salvacion eterna.

## CAPITULO VIII.

De su Modestia, Silencio, Mansedumbre,  
y Paciencia.

**A**quel Tabernaculo ideado del mismo Dios en el Monte Sinay, y trassumptado de Moyses, que dirigió su fabrica segun el exemplar, que se le mostrò en el Monte; y fue Templo portatil, que anduvo tantos años con los Israélitas peregrinando por el Desierto, hasta que fijò el pie, tomando possession de la tierra prometida: estaba por fuera cubierto de variedad de velos, segun el mandato del Señor, unos mas finos para la decencia, y decoro: otros mas gruesos, y menos nobles para el resguardo; y otros finalmente mas toscos, como de pieles, y pelos de animales, para resistir las inclemencias de los tiempos. A este modo nuestra Venerable Virgen Maria Anna al animado Tabernaculo de su grande perfeccion edificado de heroycas virtudes, le puso tambien por afuera sus velos para la decencia, respecto, y resguardo. Los formò, y texiò de las virtudes externas, que son el sobreescrito de una alma, è interior espiritual, y santo. La modestia es una virtud, que ajusta, y arregla todo el hombre exterior, sin dexarle accion, ni movimiento libre, que no lo nivele con el compaz de la razon, y de la

comun edificacion. Tenia la Madre Maria Anna siempre la cabeza muy en su lugar, sin voltearla con ligereza, sin colgarla, ni torcerla à algun lado con demasia. Todos estos como ademanes, que desdican, y dan en rostro, no se descubrian en su amable natural compostura. El rostro siempre sereno, y apacible, como indice de su interior todo bien ocupado, y entretenido en el dulcissimo trato con su querido Esposo. Los ojos comunmente bajos, si no los alzaba al Cielo, ò usaba de ellos para necesidad precissa, ò urgente obra de charidad, como lo prometìò al Señor, y se dixo en el Capitulo once del Libro segundo. Nunca en sus labios, y semblante se le notaron fruncimientos, ademanes, ni gestos, que solo pueden servir, ò para excitar la risa, ó para mover à enfado à los que miran; y jamàs se edifican de una virtud ceremoniatica. Las manos, si no las ocupaba, en hacer alguna cosa, siempre las tenia en modo decente, y quieto; porque la inquietud en ellas dà à conocer un animo poco sossegado. Eran sus passos moderados, sin lentitud, ni aceleracion, que son extremos no menos reparables, que fastidiosos; porque suelen ser hijos de la pereza, y de la ira.

Todo su cuerpo, postura, y movimientos, sin gravedad afectada, ni ligereza descompuesta, ni demasiada comodidad; siempre con compostura, madurez, y naturalidad. Buena prueba de todo esto es, que una Comunidad de Monjas, no le advirtiese el menor deslize, sino que todas experimentassen consuelo de solo verla. Y que en el siglo todo el barrio llevase un Toro para divertirse una tarde con el fin de conseguir el vérla: tanto arrebatava su compostura; y tan mortificada tenia desde entonces la curiosidad; pues à el alboroto no se diò por entendida. El segundo velo fue el silencio. Esta virtud es tan necessaria, que es cosa asentada entre los Varones espirituales,



tuales ser incomponible, que persona muy parlèra sea espiritual; porque el Espiritu Santo enseña, que en el mucho hablar no faltará pecado. Son tantos los vicios de la lengua, que por todas las letras del Abecedario los va señalando, y tratando de ellos el devotissimo Padre Jeremias Drexelio. Por esto todos los Sagrados Patriarchas han encargado en sus Reglas el silencio. Siempre que la Madre hablaba de èl, ò lo aconsejaba, se le inflamaba el corazon, y repetia, son innumerables los bienes que acarrea à las almas. A este exortaba con tanto primor, para que se guardára, como lo pide su Constitucion, que salian enamoradas al silencio las Almas de las Religiosas. Quien assi lo alababa, con tanto fervor hablaba de èl, y lo encargaba tanto, como lo guardaria? La que toda su vida desde muy niña amaba, y deseaba la soledad, que silenciosa seria? Segun el parecer, y dicho de todas sus Monjas, jamás faltó al silencio, porque siempre en todo tiempo, y en todas ocasiones, ò callaba, ò si hablaba era para bien de todas, ò en particular de alguna. La voz humilde, nunca entonada, dando lugar à las otras, y sin tonillo, ni aceleracion en sus palabras. Ni una sola vez habló con las Religiosas; ò con los de afuera, que no introdujera algo de Dios, ò alabanzas de alguna virtud. Por consiguiente siempre sacaba fruto de sus palabras, moviendo à contricion, ò à deseos del Amor divino, de la humildad, y demás virtudes; porque no ay cosa mas fructuosa, que las conversaciones santas. Tiene su Magestad prometido estarà en medio de los que se juntaren en su nombre: como por el contrario el Diablo danza entre los que entablan conversaciones inutiles, y perniciosas. Estaba su corazon muy endiosado, y assi era preciso rebosasse por la boca; porque à esta sale, lo que està en el corazon. Trataba mucho con Dios, y assi era necesario callasse con las

criaturas; porque el trato con estas quita el tiempo, distrae, è impide oír las palabras de Dios.

La mansedumbre fue en todo, y siempre inseparable compañera de la Venerable Madre. A una voz decian todas las Religiosas; esta mansedumbre parece que se la dieron à nuestra Madre juntamente con el alma, y la hà aumentado por todo el tiempo de su vida: como será esto? Dichosa nuestra Madre! Cada Religiosa se tenia por la mas querida, con esto todas, y para todo acudian à la Madre, sin esperar tiempo, ni coyuntura; cada una como la mas engreída, y con diversa impertinencia. Sin apuracion, ni congoja; sin enfado, ni prisa, à todas las oía, las despachaba con su mansedumbre contentas, satisfechas, y sin que alguna saliesse resentida. En el Torno era lo mismo, por mas que acudiesen con cosas disymbolas, con trato, y razones diversas, ya corteses, no pocas veces desatentas, muchas importunas, y algunas con varios enredos; para la Madre todo era uno, con la misma mansedumbre los oía à todos. Ninguno se apartaba quejoso; antes sí mas prendado, y con mayor aprecio. Fuera, y dentro padeció mucho, perseguida, maltratada, despreciada, y abatida, nunca se dió por sentida, ni correspondió en el mismo tono. No se le oyeron quejas, ni una voz mas alta de su boca, siempre con la misma mansedumbre; tanto que la tenian por insensible, y por tonta, que ni entendía lo que le decian. En tantos años de Prelada, quantas apuraciones en lo temporal, contradicciones en la disposicion, y arreglamiento del Convento, en las distribuciones Religiosas, sentimientos al desfarragar costumbres envejecidas, que aunque no malas, pero desdecian ya del nuevo estado de Religiosas Recoletas? Pero con su misma mansedumbre lo consiguió todo, todo lo allandó, y lo compuso. En tan diversos officios quan-



tas ocasiones, concurrencias, y choques no se le ofrecían? Pero con su mansedumbre era el consuelo, y alivio de todas. Verdadera Esposa del mansísimo Cordero JESUS, que con su mansedumbre restauró el Mundo. Su paz, y paciencia fue invicta. Nunca la vieron impaciente, ni alterada, siempre pacientísima en quanto se le ofrecía. Digalo la continua sed, que regularmente le costaba trabajo el hablar, el passar la forma de la comunión, y aun el respirar por la sequedad de las fauces. Diganlo las ampollas del estomago por el aposito, que abrasando le pusieron. Diganlo las ventosas cargadas de fuego, y quanto se ha dicho en todo lo hasta aquí escrito; pues todo es prueba de una inuencible paciencia, todo una suma paz, que parecia no tener passiones, sino ser un Angel venido del Cielo. Bien resguardò, y mirò por el decoro, y decencia de la fabrica, que avia levantado en su alma á costa de su trabajo, y de las ayudas de la divina gracia.

## CAPITULO IX.

Como practicó las Obras de Misericordia.

**E**L Tabernaculo fabricado por direccion de Moyses, cubierto, y resguardado con los velos, era inseparable compañero, y guia del numeroso Pueblo de los Israélitas. Estos hallaban en él quanto podian desear en todos sus aprietos, è infortunios: salud en las enfermedades, en las necessidades socorro; consejo en sus dudas, correccion, y direccion en sus desaciertos. Hacia Dios en él ostentacion de sus misericordias. Aviendo la Venerable Madre Maria Anna fabricado en su alma con el continuo exercicio de heroycas virtudes, el sumptuoso

edifi-

edificio de una elevada perfeccion; y aviendo tomado Dios possession de él, habitandolo con especial complacencia; no podia menos, que esparcir benignos influjos de la mas piadosa misericordia: En todas las obras assi corporales, como espirituales de esta virtud se exercitò quanto pudo, y le permitiò su estado de Virgen, y retirada por muchos años à un claustro recoleto. Sacò del vientre de su Madre, y creció con ella la misericordia. Las necessidades, penas, y aflicciones de los Proximos le facaban amargas continuas lagrimas, y la atormentaban mas que si fueran proprias, de fuerte, que le fuera alivio poderlas remediar con la sangre de sus venas. Los pocos dias, que estuvo en la Miga, sin saber leer, la compassion la hizo Maestra, cogiendo de memoria las lecciones, y enseñandofelas á las niñas; para libertarlas del castigo, si nõ la supieran. Su mayor consuelo era repartir por sus manos en la vecindad aquellas cortas limosnas, que podian hacer sus piadosos Padres. Dirigir, enseñar, y aconsejar à otras niñas quando yá mas grande; el modo de servir à Dios, y seguir la viatud, era la mayor diversion, y mejor entretenimiento los dias de fiesta. En la Religion todo su tiempo de Tornera, y de Prelada por cerca de veinte años, fueron innumerables las conversiones, que hizo, sacando almas de pecado, y encaminandolos à la confession, para entablar una vida Christiana. Los disgustos entre casados, que compuso: los muchos que enderezò à el estado Eclesiastico, y Religioso: los pobres que remediò, dandoles de comer, beber, y vestir. Sin que nunca fuera alguno del todo desconsolado. Pedia limosnas, y se valia de empeños para su remedio. Toda la ropa que dexaban las Religiosas, algunas semillas, pescados, y no pocos reales empleaba con los pobres, y atendia siempre à los parientes de las Religiosas necesitados.

Quans